

Crueldad con los animales, en teoría y en la práctica.

Luis Camacho

Quienes han investigado el perfil de asesinos en serie lo tienen bien claro: la crueldad con los animales en niños y adolescentes es uno de los indicios tempranos del comportamiento posterior de los psicópatas, individuos incapaces de sentir remordimiento por sus actos (Ressler-Shachtman 1995,114). Aristóteles y los medievales también tenían claro que los animales sienten, conocen y experimentan emociones de un modo análogo a los humanos. Al colocar a todo cuanto existe en categorías, ubicaban a animales racionales y no racionales dentro de una amplia clase de seres, mientras los productos de la actividad humana –como las máquinas– quedaban en otra (*Física II*, #11).

El Renacimiento y la Edad Moderna no fueron un salto adelante en todos los aspectos y el trato teórico y práctico con los animales es claramente uno de los ejemplos de retroceso. Hasta donde sabemos, el primero al que se le ocurrió decir que los animales son máquinas y que, por tanto, *realmente* no sienten ni conocen, fue el médico español Gómez Pereira en 1554. Sus razones son puramente especulativas, sin sustento en la observación, una manera de ver las cosas que alcanza su apogeo cuando Renato Descartes por ahí de 1630 coloca una distinción rígida entre espíritu de un lado y materia por el otro, de modo que animales y máquinas quedan en la misma categoría. “Bestia-máquina” es la expresión que usa en una carta al Marqués de Newcastle, en la que explica el comportamiento de las “bestias” como un sistema inflexible de estímulo-respuesta (1964-76,VI,56). Descartes es uno de los grandes iniciadores de la ciencia tal como la conocemos hoy día, una actividad admirable en muchas cosas pero no en la manera como ha tratado con frecuencia a las otras especies de seres sensibles que comparten con nosotros el planeta. Dos siglos después de Descartes, los experimentos con animales de su coterráneo el fisiólogo Claude Bernard indignaron a su esposa, quien lo abandonó en 1869 y fundó un asilo para perros y gatos para compensar de alguna manera lo que percibía como crueldad injustificable. Cuando leemos las palabras de Bernard en su obra *Introducción al estudio de la medicina experimental* algo nos dice que las cosas no deben ser así: “El fisiólogo no es una persona de moda, es un científico (...); él ya no escucha los quejidos de los animales, ya no ve

la sangre que derraman, solamente ve su idea y los organismos que le esconden los problemas que él desea descubrir. No siente que está perpetrando una horrible carnicería (...) ” (1957,103). Para crédito de la ciencia, otros científicos han visto en estas palabras la manifestación de un problema mental, no la formulación de un método inmutable. Entre otras razones, porque muchos de los experimentos en que se sacrifica o maltrata animales son innecesarios y mal concebidos. Cuando el biólogo August Weismann cortó la cola a miles de ratones para demostrar que los caracteres adquiridos no se heredan y refutar así a Lamarck, pues los hijos de ratones sin cola seguían naciendo con cola, ¿no hubiera bastado con leer a Aristóteles, quien en *De la generación de los animales* I,18 ya había indicado que los hijos de padres que han perdido alguna extremidad no heredan esta característica? ¿De veras esperaba Weismann que de repente empezaran a aparecer ratones sin cola? Le bastaba una sencilla observación: por siglos algunos pueblos han practicado la circuncisión , y aún así sus hijos siguen naciendo con prepucio.

“Nunca te han gustado los animales” le dice Simone de Beauvoir a Jean-Paul Sartre en una entrevista que le hizo al final de su vida. “Animales” –le responde Sartre–“Tal como los veo son un problema filosófico”. (1984,316). Quizá eran un problema para su filosofía, pero no para la de otros que en este punto encontramos más sabiduría en Aristóteles y Leibniz que en Descartes y sus seguidores. Después de todo, los psicópatas encuentran placer en torturar animales, no en maltratar máquinas. Ellos saben –como nosotros–que los animales sienten, a diferencia de los objetos inanimados.

Luis Camacho lc20032003@yahoo.com

Bibliografía

- Aristóteles(1964) *Obras* (trad.F.Samaranch).Madrid: Aguilar.
- Bernard, C. (1957) *An Introduction to the Study of Experimental Medicine*. Nueva York: Dover.
- de Beauvoir, S. (1984) *Adieux, A Farewell to Sartre*. Nueva York: Pantheon.

-Descartes,R. (1964-76),*Œuvres* (ed.C.Adam y P. Tannery). 12 vols.
Paris:Vrin/CNRS)

-Ressler, R.K.- Shachtman, T. (1995) *El que lucha con monstruos*.
Barcelona:Seix Barral.